

*Dr. Lic. don. Alberto Bienes Corroza*

# APUNTES

**Tomo IV**

————— **37** —————

**31 de Octubre de 1938**

—————

**Director: Elías Jiménez Rojas**



**San José de Costa Rica**

**Apartado 230**

# APUNTES

Tomo IV

37

31 DE OCTUBRE DE 1938

Letras de otros días

## De *Anatole France*

No había inspirado nunca gran simpatía la inteligencia crítica del señor Bergeret al rector de la Universidad, el señor Leterrier, de carácter absorbente, y filósofo espiritualista. Pero una circunstancia bastante memorable los armonizó. El señor Leterrier tenía sus ideas respecto al Proceso Dreyfus. Había sido firmante de un documento en el cual se protestaba de la sentencia juzgándola ilegal y errónea, siendo por este motivo objeto de la cólera y del desprecio públicos.

En la ciudad, que constaba de ciento cincuenta mil habitantes, no había más que cinco personas de su misma opinión en lo tocante al Proceso, y eran: el señor Bergeret, su colega en la Facultad, dos oficiales de artillería y el señor Boulet. Los dos oficiales cuidaban mucho de ocultar su opinión, y Eusebio Boulet, redactor jefe de *El Faro*, se veía obligado por

«deber» profesional a expresar con violencia opiniones opuestas a su propio convencimiento, lanzando invectivas contra el señor Leterrier y exponiéndole a las iras de las buenas gentes.

El señor Bergeret escribió a su rector una carta de felicitación. El señor Leterrier fué a visitarle.

—¿No cree usted—dijo el señor Leterrier— que hay en la verdad una fuerza que la hace invencible y que asegura, para una hora más o menos próxima, un triunfo definitivo? Esto era lo que pensaba el ilustre Ernesto Renan; esto es lo que, más recientemente, ha sido expresado en una frase digna de ser grabada en bronce.

—Yo no creo tal cosa—dijo el señor Bergeret—. Por el contrario, me parece que la verdad se halla muy a menudo expuesta a sucumbir oscuramente bajo el desprecio y la injuria. Podría ilustrar este supuesto con pruebas abundantes. Considere usted que la verdad se reviste de cualidades que la condenan a desaparecer, haciéndola inferior a la mentira. En primer lugar: es una, como dice el padre Lantaigne, su admirador entusiasta; y a mi juicio no hay de qué entusiasmarse; porque siendo la mentira múltiple, desde luego es más poderosa por el número. Por añadidura, la verdad es inerte; no es susceptible de modificaciones; no se presta a las variantes que le permitirían penetrar fácilmente en la inteligencia o en los apasionamientos de los hom-

bres. La mentira, por el contrario, tiene recursos maravillosos. Es dúctil, es plástica, y también, ¡atrevámonos a decirlo!, es *natural* y *moral*. Es natural, como todo producto ordinario del mecanismo de los sentidos, fuente y recipiente de ilusiones; es moral, por lo que concuerda con las costumbres de los hombres que, viviendo en comunidad, han fundado en la idea del bien y del mal sus leyes divinas y humanas sobre las interpretaciones más antiguas, más santas, más absurdas, más augustas, más bárbaras, y sobre los fenómenos naturales de más engañosas apariencias. La mentira es el principio de toda virtud y de toda belleza entre los hombres. Así vemos figuras con alas e imágenes sobrenaturales embelleciendo sus jardines, sus palacios y sus templos. Siempre se oyen con gusto las mentiras que dicen los poetas. ¿Quién nos induce a librarnos de la mentira buscando la verdad? Semejante empresa sólo podría ser inspirada por una curiosidad de decadentes, por una culpable temeridad de intelectuales, y significaría un atentado contra la naturaleza moral del hombre, contra el orden social, constituyendo un agravio para los amores y las virtudes de los pueblos. El triunfo de la verdad sería funesto si pudiera, de pronto, realizarse. Lo destruiría todo. Pero es imposible. Nunca se impone la verdad contra la mentira.

—Es evidente—dijo el señor Leterrier—que

no toma usted en cuenta las verdades científicas, cuyo progreso es rápido, irresistible, bienhechor.

—Está, desgraciadamente, fuera de duda—dijo el señor Bergeret—que las verdades científicas penetran en las turbas como en un pantano donde se ahogan; y como no estallan, carecen de fuerza para destruir los errores y los prejuicios.

Las verdades de laboratorio, que ejercen sobre usted y sobre mí un poder soberano, no hacen mella en la masa del pueblo. Sólo citaré un caso: el sistema de Copérnico y de Galileo es absolutamente inconciliable con la física cristiana. Sin embargo, vemos que ha penetrado en Francia y en todo el mundo, hasta en las escuelas primarias, sin modificar del modo más leve los conceptos teológicos que habría debido destruir en absoluto. Es cierto que las ideas de Laplace acerca de la formación del universo, convierten la antigua cosmogonía judeo-cristiana en algo tan pueril como un cuadro de reloj para un obrero suizo; ello no obstante, las teorías de Laplace han sido explicadas claramente durante cerca de un siglo, sin que las tradiciones judaicas y caldeas referentes al origen del mundo, que se encuentran en los libros sagrados de los cristianos, pierdan lo más mínimo de su crédito entre los hombres. La ciencia nunca perjudicó a las religiones, y se puede probar lo absurdo

de un rito cualquiera sin disminuir el número de personas que lo practican.

Las verdades científicas no son simpáticas al vulgo. Los pueblos viven de mitología: buscan en la fábula todas las nociones indispensables a su existencia. No es mucho lo que desean, y algunas humildes patrañas bastan para dorar millones de vidas. La verdad no encuentra buen acogimiento entre los hombres; y sería una desdicha que lo encontrara siendo, como es, tan opuesta a su genio y a sus intereses.

—Señor Bergeret: discurre usted como los griegos—dijo el señor Leterrier—; formula sofismas deliciosos, y sus razonamientos parecen modulados en la flauta de Pan. Sin embargo creo con Renan; creo con Emilio Zola, que la verdad lleva en sí una fuerza penetrante de que no gozan el error ni la mentira. Digo: la verdad, y me comprende usted, sin más explicaciones, porque las hermosas palabras Verdad y Justicia bastan, sin definirse, para expresar perfectamente su exacto sentido. Tienen por sí mismas una belleza que resplandece y un fulgor celestial. Creo en el triunfo de la Verdad, y esto me sostiene y me anima para resistir las pruebas a que ahora me hallo sometido.

—Me complacería que acertara usted, señor mío—dijo Bergeret—. Pero, en tesis general, las ideas que nos formamos de los hechos y de los hombres, rara vez estarán de acuerdo con

los hombres mismos y con los hechos reales. Los medios por los que nuestro espíritu puede aproximarse a esta conformidad son incompletos e insuficientes; y si el tiempo descubre algo nuevo, siempre nos quita más de lo que nos dio. A mi manera de ver, la señora Roland en su prisión demostraba una confianza demasiado candorosa en la justicia humana, cuando con entereza y rectitud apeló al juicio de la posteridad. La posteridad sólo puede mostrarse imparcial en lo que le sea indiferente; y olvida lo que no le interesa. No es un juez, como creía la señora Roland: es una turba ciega, miserable, irascible, como todas las turbas; ama y odia; pero se inclina más al odio que al amor. Tiene prejuicios; vive del presente, ignora el pasado, no piensa en lo futuro.

—Sin embargo: hay horas de justicia y de reparación—dijo el señor Leterrier.

—¿Cree usted—preguntó el señor Bergeret—que sonará nunca para Macbet esa hora?

—¿Para Macbet?—preguntó el señor Leterrier con extrañeza.

—Para Macbet, hijo de Finleg, rey de Escocia. La leyenda y Shakespeare, dos grandes poderes intelectuales, nos lo presentan como un criminal, y tengo la convicción de que fue un hombre excelente. Protegía a las clases populares y a los eclesiásticos contra la violencia de los nobles; era un rey económico, justiciero,

amigo de los artesanos; la crónica lo atestigua. No asesinó al rey Duncan. Su mujer no era infame; se llamaba Gruoch, y tenía tres motivos de odio contra la familia de Malcolm. Su primer esposo fue quemado vivo en su castillo. Ahí está, sobre mi escritorio, una revista inglesa donde abundan razones para probar la virtud de Macbet y la inocencia de lady Macbet. ¿Cree usted que, vulgarizando esas pruebas, cambiaría de rumbo la opinión universal?

—De ningún modo—respondió el señor Leterrier.

—Tampoco yo lo creo—suspiró el señor Bergeret.

En aquel momento se oían clamores en la plaza pública. Eran los ciudadanos que, según costumbre, iban a romper los cristales del zapatero Mayer, para demostrar su respeto al ejército.

Gritaban: «¡Muera Zola! ¡Muera Leterrier! ¡Muera Bergeret! ¡Mueran los judíos!». Y como el rector expresase alguna tristeza y alguna indignación, el señor Bergeret le argumentó que era preciso transigir con los entusiasmos de las muchedumbres.

—Esa turba—dijo—va a romper los cristales de una zapatería. Lo conseguirá sin esfuerzo. ¿Cree usted que todos esos hombres conseguirían con tanta facilidad poner cristales o campanillas en casa del general Cartier de Chalmof? Seguramente, nó. El entusiasmo popular no es crea-

dor, sino esencialmente subversivo. Esta vez se alza contra nosotros; pero no debemos tener en cuenta esta circunstancia particular para inquirir las leyes a que obedece su pensamiento.

—Sin duda—respondió el señor Leterrier, hombre de un candor extraordinario—. Pero lo que sucede me consterna. ¿Podemos, sin lamentarlo, ver cómo se rebela contra la Justicia y la Verdad este pueblo francés, que ha sido el maestro del Derecho en Europa y en todo el mundo, y que difundió la Justicia por el universo?

(Este trozo lo reproducimos por primera vez en esta revista en octubre de 1935).

---

---

### *Manifiesto de los Diputados amigos del señor Presidente*

Los suscritos diputados tienen la honra de hacer las siguientes declaraciones:

Hemos estado dispuestos a aprobar el Tratado de Límites celebrado recientemente con la República de Panamá porque, aparte de que reconocemos el acendrado civismo y la clara visión de los intereses públicos con que el señor Presidente Cortés resuelve los negocios del Estado, estimamos que el referido pacto soluciona la vieja y enojosa controversia de fronteras con la vecina

República del Sur en forma conveniente para el país, ya que consolida la amistad entre los pueblos hermanos, sin sacrificio real de los derechos que el Laudo White nos confiere.

Esa convicción no ha sido quebrantada en nuestro espíritu por las razones aducidas contra el Tratado Zúñiga-de la Espriella. Por respetables que ellas sean, no destruyen las muy poderosas que nosotros tenemos para considerarlo bueno. Hecho el balance de unas y otras, queda a nuestro juicio un saldo considerable en favor de la tesis sustentada por el señor Presidente Cortés, a cuyo patriotismo nos complacemos en rendir nuestro homenaje.

Pero al rededor de este asunto se ha hecho surgir un estado emocional de opinión, hiriendo las más nobles cuerdas del sentimiento público, y, de aprobarse el Tratado, se dividiría hondamente la familia costarricense, creándose una lamentable situación de profunda discordia entre los propios hijos de esta patria a la cual todos por igual amamos. Ante ese peligro se afirma en nuestro concepto, como más imperioso que otro cualquiera, el deber de preservar la armonía de nuestro pueblo, en espera de que el porvenir imponga, por el incontrastable poder de las ideas, la solución que con mayor acierto satisfaga los intereses de la República.

Solidarizados como estamos con el señor Presidente Cortés en su propósito de llevar a tér-

mino una negociación de innegables beneficios para Costa Rica, no lo estamos en menor grado por lo que se refiere a su firme voluntad de que no se derrame la sangre de ningún costarricense a consecuencia de un asunto que debe ser resuelto dentro de las normas serenas de la democracia. Recomendamos, por lo tanto, que se retire el Tratado Zúñiga—de la Espriella del conocimiento del Congreso.

San José, 8 de octubre de 1938.

ERNESTO MARTÍN, H. CHACÓN JINESTA, J. J. MONGE, J. MIGUEL RODRÍGUEZ V., JUAN MA. SOLERA O., JOSÉ LÓPEZ CALLEJA, ALFREDO VOLIO, JOSÉ J. PERALTA, GUILLERMO MEZA SALAZAR, RAFAEL EDUARTE, VÍCTOR TREJOS, J. ALBERTAZZI AVENDAÑO, DANIEL ZELEDÓN, R. A. CALDERÓN GUARDIA, JAIME ESQUIVEL, SANTIAGO ZAMORA, JOSÉ MA. RAMÍREZ, CARLOS CHARPENTIER, RAFAEL PARRÍS, ALVARO CUBILLO, RODRIGO SANCHO, ANTONIO CABALCETA, ELISEO GAMBOA, HORACIO CASTRO.

*Carlos Marx no fue un sabio ni un teórico ni un doctrinario: fue sobre todo un agitador político: un táctico preocupado de seducir las masas obreras para llevarlas a la guerra social.*

*Gaston Jéze*

## *Declaraciones*

### *del señor Presidente de la República*

Mi gobierno celebró el arreglo de límites con la República de Panamá, consciente por mi parte de que con ello le hacía el mayor bien a Costa Rica, pero consciente también yo de las grandes dificultades que encontraría en mi camino, porque al rededor del tratado iban a congregarse, para atacarlo, todos mis enemigos personales y políticos. Cumplí con mi deber hasta el último momento, llevando el asunto al Congreso, y no es sino por la expresa voluntad de una gran mayoría de diputados amigos que de él lo retiro. Las razones que esos representantes del pueblo han tenido para adoptar tal actitud constan en la declaración que, para conocimiento del país, ha sido entregada por ellos al *Diario de Costa Rica*.

Lamento profundamente que no haya podido llevarse la negociación a feliz término, porque abrigo la íntima convicción de que no se ha presentado hasta ahora, y probablemente no volverá a presentarse en el futuro, una mejor oportunidad para terminar de una vez por todas y de la mejor manera el secular conflicto de nuestros límites meridionales. De ahí que me hubiese encariñado con el Tratado que firmámos, mucho más que con cualquiera otra obra de mi gobierno.

A Dios gracias vamos avanzando en el camino de un entendimiento con la República de Panamá, como lo demuestra el hecho de que este arreglo, en que estábamos empeñados, hubiera llegado ya a cristalizarse en un pacto formal de las cancillerías de ambos países. La suerte de la República ha de querer que otro gobierno sea más afortunado que el mío, cuando la comprensión destruya los obstáculos con que la intransigencia me ha obstruido el paso.

Paralizado ese esfuerzo, en que puse toda mi devoción a Costa Rica, tengo que sentirme orgulloso como el que más de que con la tesis del Presidente Cortés haya estado una lucida mayoría del Congreso. Estoy también ufano del valioso refuerzo que me prestaron destacados costarricenses, y mi voto de gratitud ha de ser aún más grande para el señor ex-Presidente Jiménez, cuyo gesto de generoso patriotismo habrá de reconocer nuestro pueblo en no lejano tiempo. Don Ricardo sacrificó la feliz tranquilidad de que disfruta en su hogar, y se prestó a ser blanco de insultos y diatribas, por rendirle al país un nuevo servicio.

Desgraciadamente, las gentes que mayor beneficio recibían del arreglo, los trabajadores del campo a quienes éste más directamente favorecía, porque ponía término a los posibles conflictos que pueden algún día aciago arrancarlos de la fecunda seguridad de sus labores, no hicieron oír

su voz en el debate, y sólo resonaron los clamores de quienes impugnan el Tratado, no por lo que él significa en sí mismo, sino porque es el Tratado del Presidente Cortés. Ahora interpretarán éstos mi gesto final como un acto de debilidad, cuando sólo hemos querido que un pacto llamado a consagrar la amistad fraternal de dos pueblos no se manche con sangre derramada quizás por estudiantes a quienes lanzan a manifestaciones callejeras los encarnizados directores del movimiento de oposición al Tratado.

Ocurre a veces con los pueblos como con los niños: hay que darles las medicinas a la fuerza, y es así cómo gobiernos fuertes han podido, venciendo todas las resistencias, imponer tratados benéficos que, después de encontrar la oposición impulsiva de las masas, han sido título de gloria para quienes los llevaron adelante contra obstinados movimientos de la llamada opinión pública. Desafortunadamente, nuestra democracia se mueve dentro del principio de libertad máxima para los de abajo y derechos mínimos para los de arriba. Este desequilibrio tiene alguna vez que desaparecer, porque la democracia no puede ser ésto, sino coordinación y armonía de las libertades de los de abajo con los atributos de los de arriba para cumplir con lo que ellos consideran como sus deberes para con la patria.

No he de ocultar la profunda decepción que me ha causado la forma en que se conduce una

parte de nuestras juventudes. Bien está que los muchachos sean altivos, pero no está ello reñido con los postulados más elementales de la cultura. He sabido que liceístas insultaban a los policías, que siendo en su mayoría campesinos que se ponen zapatos por la primera vez al ingresar en el servicio, han demostrado sin embargo superioridad moral sobre quienes los vejaban, al soportar pacientemente los ultrajes.

La triste enseñanza que se saca de todas esas cosas es que sobre el gobernante que se empeña en llevar adelante un esfuerzo noble se descargan los excesos de la incomprensión y de la insidia, y ello contribuirá, para daño del país, a alejar de la vida pública a hombres eminentes que no se resignarán a ser víctimas del desbordamiento de una libertad mal entendida.

Debo ensalzar la exquisita cortesía con que el Gobierno y el pueblo de Panamá se han mostrado en las negociaciones de un arreglo que tan evidentemente beneficia a Costa Rica. Mi reconocimiento muy sincero por esa noble conducta.

---

---

*La propiedad es una extensión económica de la persona, pero no es la persona. Los daños hechos a mi propiedad no son daños a mi honor.*

## *Dos telegramas*

San José, octubre 8 de 1938.

Señor Presidente Cortés:

Ningún hombre de menor altura moral habría hecho lo que usted acaba de hacer, al prescindir del arreglo de límites que lealmente he adversado, movido por sentimientos patrióticos que en modo alguno son diferentes de los que a usted lo han inspirado. Usted se ha reconciliado con la opinión nacional, que hoy más que nunca lo aclama como Jefe de la Nación.

LUIS ANDERSON

---

San José, octubre 8 de 1938.

Señor Lic.

don Luis Anderson,

Ciudad.

No puedo corresponder a su telegrama de felicitación de esta misma fecha porque en forma alguna comparto los conceptos que ese mismo mensaje contiene, ya que pensé antes, pienso ahora y seguiré pensando mañana, que Costa Rica ha perdido la más propicia oportunidad para llegar a un arreglo de la cuestión de límites con Panamá, y que a partir de hoy más que nunca, la República se verá imposibilitada para conse-

guir un tratado que supere en beneficios al que fue sometido por este Gobierno a conocimiento del Congreso Constitucional, y que como sabiamente lo dijera el señor Enrique Macaya Lahmann, es el que más se alejaba del fallo Loubet, repudiado por Costa Rica, y el que más se conformaba con la línea White.

LEÓN CORTÉS

---

Hablábamos del tratado de límites con Panamá...

El asunto estaba discutiéndose entre personas sentadas. De pronto, intervinieron los abogados menores. Desentendidos de las leyes, hasta de aquella que prohíbe servirse de la bandera nacional como divisa de un partido, se echaron a la calle, con una banderita en la solapa, a encender la mecha de la patriotería. A ellos se unieron no pocos estudiantes de Derecho, alumnos del Liceo, niñas del Colegio de Señoritas, y muchos del elemento flotante y turbio de la capital. Se acabaron los razonamientos, comenzaron los vivas y los muera y quedóse sin resolver el asunto... ¡Pero en peor pie que antes!

*e. j. r.*

ACTITUD SOBRESALIENTE!

### *Carta de don Hernán Zamora Elizondo*

Director hoy del Instituto de Alajuela,  
ex-Director de la Escuela Normal de Costa Rica,  
ex-Director del Colegio Superior de Señoritas.

Alajuela, 8 de octubre de 1938.

Señor Presidente de la República

Lic. don León Cortés,

Casa Presidencial.

Estimado don León:

Me ha estado hirviendo la sangre al fuego de un vehemente deseo de externar opinión sobre la cuestión de límites con Panamá, aunque esa opinión, por ser mía, fuera indocta y humilde; pero el temor de que mis palabras hechas públicas levantarán el vendaval en el colegio que su atinado gobierno me confió, me hizo permanecer en silencio, y quise resolver de modo imparcial y ecuánime los conflictos que pudieran presentarse. Hoy, en calidad de amigo y admirador de usted y en concepto de ciudadano vigilante, no puedo enmudecer. Usted ha de haber sentido el tremendo dolor de quien se sabe incomprendido, y, a no ser porque conozco los quilates de su carácter, pensaría yo que en su espíritu reina el más profundo desaliento. Y es deber de

los ciudadanos alentar a los que luchan por los intereses de la República.

Ya no es hora de que hablemos del asunto de límites; ya triunfó la intriga secundada por la incomprensión y la ligereza de juicio; ahora hay que pensar en las consecuencias de los sucesos acaecidos, y tratar de mitigar los resultados dañosos que pudieran sobrevenirnos. La conducta de los adversarios de los tratados tendrá dos secuelas: una interna y otra internacional.

Yo pienso que mientras en el gobierno de la República haya hombres sensatos, podemos ir, aunque entre escollos y con sacrificios y desvelos, que nadie mira ni agradece, esquivando peligrosos percances; pero en cuanto a lo interno, siento que, con no haberlo apoyado a usted decididamente la mayoría parlamentaria, la campaña populachera de los enemigos del tratado querrá sentar jurisprudencia en los anales de nuestra administración pública, en el sentido de que ya entre nosotros el tumulto es un elemento de gobierno. Esto es gravemente peligroso para el porvenir de la República; porque si la razón, que es luz, ha sido la guía de nuestros gobernantes, la pasión, que es torbellino, será el ímpetu ciego y desbocado que arrastre quién sabe a qué desastres las fuerzas culturales de la nación.

Particularmente, porque con sinceridad quiero a la juventud de mi país, he sentido la participación bulliciosa y aun comprometedora que

tuvieron algunos jóvenes estudiantes en los últimos sucesos; esa actuación de los jóvenes tiene seguramente el pecado de la impremeditación y el poco respeto, pero me atrevo a pedirle a usted que no los culpe a ellos. El joven, propenso a la rebeldía, altamente emotivo hasta hacerse pasional, y sin el freno de una inhibición bien dirigida, porque ni la voluntad ni la razón han llegado a su madurez, es presa fácil de los conquistadores de popularidad que saben de las inquietudes juveniles y, con el señuelo de un simulacro de generosidad, las explotan sin temor a las consecuencias. La culpa es de las gentes mayores. Yo le aseguro, porque mucho los he tratado, que ningún estudiante ha procedido con dañada intención; lo que admito es que procedieron con exceso de ingenuidad, que es mérito de la juventud, pero que se explota para beneficio del mal por los que dejaron de ser ingenuos con los años.

Le suplico aceptar mis sentimientos de estimación y respeto.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

Del *Diario de Costa Rica* hemos tomado esta carta.

## En medio de la alharaca

En medio de la alharaca de estos días se han oído voces de buen tono. Como ejemplo, tomamos del *Diario de Costa Rica* el siguiente artículo escrito por un joven con el comedimiento de un hombre maduro.

Se invita ahora a los ciudadanos a pronunciarse sobre el arreglo de nuestros límites con Panamá que se proyecta realizar: las opiniones contrarias están en mayoría, y se explica. Es preferible dar una opinión adversa y quedar ante el público como gran patriota, antes que dar un parecer favorable que expone a ser tildado con muy feos epítetos.

Los que adversan el arreglo tienen a su disposición una arma tan hiriente y atemorizadora cual es el vocablo *traidor*. Es justo reconocer, sin embargo, que tanto unos como los otros buscan el mayor bien y gloria de la patria; pero, ¿cuál de esos dos patriotismos conducirá efectivamente al objeto que se persigue?

Quien haya observado sin pasión ni prejuicio la argumentación que se ha aportado en este debate por ambos lados, tendrá que reconocer que, con pocas excepciones, los razonamientos de quienes apoyan el arreglo son menos exaltados y hasta más firmes. Los que lo reprueban, ya

ni hablan de compensación de tierras sino de «regalo indecoroso y cobarde».

Primero cabe preguntar hasta qué punto debe un gobierno—en asuntos internacionales—guiarse por las manifestaciones del sentir de las multitudes, sabiéndose que el criterio de éstas cambia con asombrosa rapidez y que un error cometido así sería poco menos que irreparable.

No debe olvidarse que los gobernantes pueden ver lo que los gobernados vemos y más también. Hay que recordarlo cada vez de hacer una censura a un gobierno por su política exterior.

Nunca como ahora hemos aprendido—con el ejemplo de los diplomáticos de las democracias europeas—que la mejor política exterior no debe ser la de intransigencia ni de empeño obstinado en mantener una tesis, que si bien puede representar el orgullo nacional, no debe ser velo que impida ver lo que realmente más conviene al país. La actitud de ahora de esos estadistas nos hará ver, en no lejano día, que cediendo a tiempo se consigue lo que se quiere, de la mejor manera.

Hace pocos días se citaba, con mucha razón, al pueblo checoslovaco como ejemplo digno de que lo imitásemos; hoy también se podría mostrar a ese gobierno que no perdió de vista las consecuencias que su actitud habría de producir en su país y también en el mundo.

Por otra parte, siempre que se leen discu-

siones sobre el aspecto y consecuencias jurídicos del arreglo en cuestión, asalta al profano la misma pregunta: ¿No es preferible un convenio hecho con el consentimiento de las partes interesadas, a una decisión de terceros que—como en el caso nuestro—no obstante ser admirablemente justa, siempre se encuentra dentro del Derecho una razón (buena o mala) para no ser aceptada, cuando tal decisión no le satisface a una de las partes?

J. J. TREJOS FERNÁNDEZ

25 de setiembre de 1938.

---

---

Apenas hubo retirado el Gobierno su proyecto, era de verse la actitud de los VENCEDORES.

Venía yo para mi trabajo cuando me detuvo en la calle un niño del Liceo, diciéndome con júbilo en la voz y con gravedad en el gesto:

—¡A ver la mano, don Elías; todo pasó ya, por dicha!

—¿Qué pasó?

—¡Que ganámos la batalla!

Creía en serio el chiquillo que ellos—él y los otros colegiales—habían derrotado al Gobierno y a los pacifistas que estábamos de su lado, y me tendía la mano con aires de vencedor magnánimo.

## Conversación

—¿Ha leído el reportaje de don Tomás Soley Güell—preguntamos a don Elías Jiménez Rojas.

—Dos veces. A usted le consta que nunca he sido aficionado a la lectura de los diarios; pero un artículo del señor Soley Güell no es cosa de pasar inadvertida. Claro es que siento mucho que no estemos de acuerdo. Más aún: yo había esperado de él, de su talento y de su saber en materias económicas, una autorizada confirmación de mi tesis en cuestiones de límites. El error de apreciación del factor SUELO en el concepto de patria, nadie puede señalarlo mejor que quien ha estudiado a fondo lo que es la posesión territorial y los sentimientos e ideas-fuerzas que dicha posesión engendra. Las más grandes verdades son precisamente las que tenemos más cerca. Lo cual es a veces la causa misma de que no las veamos. La posesión territorial es un factor de potencia o engrandecimiento hasta tanto que no se invierta el orden de las cosas, transformándose el poseedor en poseído. Esta inversión es uno de los viejos motivos de la perenne zozobra de las naciones.

Hay personas para quienes el suelo constituye el fundamento de la patria. En las discusiones sobre límites, repiten ellas con solemnidad dos palabras que resumen su pensamiento: ¡NI UNA PULGADA DE TIERRA!

Hay otras personas en cuyo concepto de patria no entra el suelo, o entra como algo concomitante, benéfico sólo mientras no se produzca la inversión que acabo de señalarle. Estas personas revelan hondamente su pensamiento en estos términos: TOMAD DE LA BOLSA; ¡DE LA VIDA, NÓ! No os damos ni la vida del más tierno de nuestros niños!

La exacta noción de la patria es compleja. Sin embargo, no es difícil adquirirla si se procede como debe hacerse siempre: yendo de abajo para arriba. La patria es la familia grande. Lo que haya de esencial en la noción de patria tenemos que encontrarlo también en la noción de familia. Lo demás es accesorio o contingente.

¿Entra el suelo en la noción de familia? ¿Cuántas son las familias sin tierras?

La familia se engrandece o perfecciona, cuando a las fuerzas que le son propias se une el amor a la propiedad o amor a las cosas que són de úno: las herramientas, el banco de trabajo, la casa, el huerto. Pero constituiría un evidente revesamiento del juicio el dejar de sentirse dueño y señor y creer que úno es de dichas cosas, que úno les pertenece y que por ellas debe sacrificarse.

Antes de poseer tierras en Costa Rica, hace medio siglo, fui dueño, primero en Francia y luégo en Italia, de dos pedacillos de suelo, que fueron lugar de cariños y alegrías, que jamás

he olvidado. Cuando llegaba a esas parcelas, y todavía hoy cuando las diviso en el mapa de mis recuerdos, sentía y siento algo que no se puede llamar amor patrio y que es sin embargo idéntico a eso de que nos habla don Tomás Soley Güell en su reportaje para explicarnos lo que es la patria.

—Don Tomás Soley Güell nos habla también de FRONTERAS NATURALES...

—¡Alto! Me duele que usted quiera que toque yo este punto... Aquí tengo que ser rudo, rotundo: ¡LAS FRONTERAS NATURALES NO EXISTEN! Dios—quiero decir: la razón impersonal—, no le ha trazado fronteras a ningún pueblo. Las fronteras que separan a los pueblos en los mapas no tienen justificación de ningún orden superior. TODAS—permítame usted alzar la voz a mi vez— todas son obra de factores que se llaman conquistas, violencias, despojos, concesiones de monarcas, usurpaciones, circunstancias fortuitas.

—Saltando a otro punto, ¿qué opina usted de los habitantes de la desembocadura del Sixaola que demuestran preferencia por la nacionalidad costarricense?

—Les alabo el buen gusto y la cordura. De dos gobiernos, mejor es siempre el que esté más lejos.

Señor N. N.

Alajuela.

En química no se peca nunca por exceso de propiedad en el lenguaje. No es una grave falta escribir NaCl y H<sub>2</sub>O para designar el cloruro de sodio (sal común) y el óxido de hidrógeno (agua). Así se ha escrito durante más de cincuenta años. Pero es mejor escribir *como se habla*, expresando en primer término la parte *anódica* (electronegativa, metalóidica, como usted diga) y en segundo término la parte *catódica* (electropositiva, metálica). Así:

ClNa	Cloruro de sodio
O <sub>2</sub> H	Oxido de hidrógeno
SO <sub>4</sub> Ca	Sulfato de calcio
	etcétera.

Para sus dudas le recomiendo la última edición del *Codex* francés, año 1937.

e. j. r.

*La mayoría a través de los siglos  
contra las mayorías localizadas  
de un momento dado*

El número de los tontos es infinito.

SALOMON (Siglo XI a. J. C.).

\*

No hay que atenerse a la opinión del mayor número, sino a la decisión de quien puede distinguir lo justo de lo injusto.

SOCRATES (Siglo V a. J. C.).

\*

*Sócrates.*—¿No dividís el pueblo en juiciosos y en locos?

*Alcibíades.*—Sí.

*Sócrates.*—¿No llamáis juiciosos al pequeño número y locos al mayor?

*Alcibíades.*—Sí.

PLATON (Comienzos del siglo IV a. J. C.).

\*

Semejante a esos astros que describen una ruta distinta de la descrita por las otras estrellas, el sabio se dirige por opiniones contrarias a las del mayor número.

SENECA (Siglo I).

\*

Quien quiera portarse juiciosamente debe tener por sospechoso todo lo que agrada al mayor número.

CHARRON (Siglo XVI).

\*

Con razón exclamó el griego: «¿Pues qué tontera he hecho?», al oír a su derredor una salva de aplausos.

F. BACON (Siglo XVI).

\*

Cuando se trate de una cuestión difícil, lo creíble es que la verdad esté más bien de parte de la minoría.

DESCARTES (Siglo XVII).

\*

Si se da a todos el derecho de nombrar a todo el mundo, no serán la sabiduría y la autoridad, sino la turbulencia y la glotonería, quienes elevarán al rango y a la dignidad de senador a los más viles degradados de nuestras ciudades y de nuestros campos.

MILTON (Siglo XVII).

\*

Con justicia se dice a menudo que las razones no deben ser contadas, sino pesadas.

LEIBNIZ (Siglo XVII).

\*

No contéis los votos sino después de haberlos pesado.

ROUSSEAU (Siglo XVIII).

\*

La experiencia ha probado que sería preferible atenerse a la minoría; lo cual sería bastante natural, pues hay pocos espíritus justos y una infinidad de falsos.

MONTESQUIEU (Comienzos siglo XVIII).

\*

Por todas partes el error domina y se siente feliz y confortado al saber que tiene a la mayoría de parte suya.

GOETHE (Fin siglo XVIII).

\*

El menor de los inconvenientes de las discusiones públicas sobre las cuestiones de gobierno, es que esparcen más dudas que luz.

LAMENNAIS (Comienzos siglo XIX).

\*

No se es nunca mayoría impunemente.

COUSIN (Primera mitad siglo XIX).

\*

La soberanía del número es un absurdo. No hay institución que pueda resistir si se proclama la soberanía del número. Es el principio más peligroso y más funesto que se pueda alegar en una sociedad; un principio que no es admisible en ninguna parte.

THIERS (Siglo XIX).

\*

Las grandes cosas en un pueblo las hace la minoría.

RENAN (Siglo XIX).

Mi corazón brinca cuando veo arco iris en el cielo; así era cuando empezó mi vida; así es ahora que soy un hombre; sea así cuando envejezca, o que me muera antes.

WORDSWORTH

Extractos de *Síntesis*

## ***El secreto de saber viajar bien***

POR ANDRÉ MAUROIS

Hay un proverbio francés que dice que los viajes educan a la juventud. Así es, en verdad. Pero yendo un poco más lejos, también podría decirse que con mucha frecuencia trastornan cerebros maduros.

El viajero torpe es un pobre sér humano que ha sido arrancado de las comodidades hogareñas, a las que estaba acostumbrado; que ha sido apartado de amigos a quienes comenzaba a estimar, de horizontes que comenzaba a amar, y que de pronto se ve arrojado en el torbellino de un mundo artificial de estaciones de ferrocarril, de camareros, de hoteles internacionales, de teatros en que se hablan idiomas que no entiende, de gente cuyo carácter le resulta incomprendible.

El viajero sensato, en cambio, disfruta talvez del más perfecto, y de seguro del más inteligente, de cuantos placeres puede brindar el mundo.

Sacará el mayor partido posible de sus viajes quien cuente con el suficiente talento para reducir su programa a proporciones adecuadas, quien no desee ver un gran número de cosas en unos cuantos días, quien sepa escoger, quien

tenga habilidad para seleccionar. No hace mucho, en uno de mis viajes entre París y Londres, me tocó un sitio en el departamento del coche de ferrocarril que ocupaba una familia norteamericana. Se echaba de ver que estaban medio muertos de fatiga. Hablaban de haber «visto» toda Europa—Holanda, Alemania, Austria, Italia, Francia y España—¡en dos meses!

Son dos los factores primordiales que es preciso tener en consideración, cuando se viaja: la resistencia física del cuerpo humano y la capacidad del cerebro para absorber ideas y conocimientos. En los viajes, naturalmente, el cuerpo requiere cierto cuidado. Recuérdense que ya es bastante dura la prueba a que se le somete con imponerle un cambio de clima, de cama, de alimentos. Conviene no llegar nunca al extremo de la fatiga. Con un cuerpo extenuado de cansancio no se puede gozar ni del más bello de los paisajes. Un plan sensato debe incluir varios días, intercalados con frecuencia, para descansar. No hay que forjarse ilusiones creyendo que se puede ver cuánto hay en una ciudad. Después de todo, no es vergonzoso prescindir de ver dos iglesias, entre noventa y tantas que haya en una población.

Las impresiones que sólo pasan por la mente como destellos, es probable que se olviden con igual rapidez.

El modo más eficaz de formarse un concepto

justo acerca de un país que se visita, consiste en permanecer en él durante un tiempo que sea lo suficientemente largo para absorber algo de su espíritu; para poder, sobre todo, encontrar oportunidades de meditar y de soñar en su seno. La verdadera cultura personal se forma como los terrenos fértiles: por los depósitos que el lento transcurso de los años va acumulando. Es así como el viajero acumulará mayor suma de cultura efectiva al ver bien unas cuantas cosas, que si ve precipitadamente gran número de ellas. Nadie puede conocer el universo entero. Así pues, el primer lema del turista ha de ser: *seleccionar*.

El turista sensato se prepara con anticipación y con cuidado, para el viaje que proyecta emprender. Ningún país ha surgido intempestiva y espontáneamente para ocupar su lugar en el globo, con tierras, casas, monumentos, pobladores e idioma, ya completos. Ni más ni menos que un sér viviente, las naciones son algo que crece, se transforma y sufre la influencia de otras naciones: para comprender a un país en su estado presente hace falta familiarizarse con el pasado del mismo. Existen libros en abundancia, sobre cualquiera de los países de la tierra. En ellos el viajero puede informarse acerca de la historia y del desarrollo de la arquitectura, la pintura, la literatura, etc., de la nación que se proponga visitar.

Quien llega a un país llevando como equipaje intelectual una idea de su estructura interna, pronto podrá darse cuenta de que el interés de su viaje aumenta enormemente. Donde el viajero impreparado no verá sino algo ordinario, el otro descubrirá detalles dignos de atención.

Las figuras talladas en la puerta de un templo carecerán por completo de significado para el viajero que no se haya tomado el trabajo de prepararse para interpretarlas. Quizá desde la ventanilla del carro de ferrocarril, viendo huir fugaz el paisaje, observe una llanura que para el turista ordinario no pasará de ser un campo llano, sin nada de particular—un tanto aburrido—y para quien ha adquirido conocimientos suficientes para apreciar el panorama con ojos inteligentes, es posible que aquello sea el escenario de una cruenta batalla librada en alguna de las grandes guerras.

Si como preparación, antes de emprender un viaje, se lee a los grandes maestros de la literatura, en las obras que tengan por escenario el país que se va a visitar, el placer se acrecentará inmensamente. Mencionaremos, por ejemplo, a Saumur, en Francia. ¡Con cuánta luz vive en la mente el viajero que haya leído la *Eugenia Grandet* de Balzac! Y ¡cómo emociona a algunos viajeros la vista de ciertas aldehuelas de Normandía, cuando han leído *Madame Bovary*!

Y en la catedral de Notre Dame, ya de suyo

tan bella, ¿habrá alguien que pueda evitar que su admiración hacia el gran templo aumente ante las torres grandiosas, al evocar la figura inolvidable del *Quasimodo* de Víctor Hugo? ¿No resultará mucho más encantadora una visita a Florencia, para aquel que haya leído a Dante, a Ruskin, a Taine, a Stendhal, o *El Lirio Rojo* de Anatole France?

Me disgusta el viajero a quien satisfacen los panoramas y los lugares demasiado conocidos y no pocas veces especialmente preparados para viajeros de este tipo.

El francés que juzgara a los Estados Unidos tomando sólo como base una visita a los mataderos de Chicago y a los cines de Nueva York, sería juzgado como ridículo, por cualquier norteamericano. A los franceses no les sorprende menos que al norteamericano que alguien se forme un concepto de Francia sólo por haber visto una revista musical en alguno de los teatros de turistas de París. Lo importante está en procurar ver, en Francia, exactamente lo que los franceses ven. Ha de tratarse (y es algo que no ofrece dificultad alguna) de conocer los barrios de las ciudades y las regiones del país que no están explotados especialmente para turistas.

No quiero decir, con lo expuesto, que no hayan de admirarse los grandes monumentos y las grandes ciudades. Quiero decir que la excursión que ordinariamente hacen todos los tu-

ristas, ha de completarse con otras pequeñas excursiones cuya iniciativa parte de nosotros mismos; excursiones que probablemente nos enseñarán más que las otras. Sé muy bien que para los viajeros que poseen gran cultura nada nuevo hay en estas sugerencias; en mis viajes he encontrado personas que han recorrido Francia sabiamente y que en algunos casos estaban más familiarizadas que yo con los templos y las posadas de algunos lugares provinciales.

Para terminar, añadiré mi ardiente deseo de que el conocimiento íntimo que se adquiere del país visitado pueda servir para estrechar las buenas relaciones entre éste y el país de donde procede el viajero. Bien visto, el viajero no es sólo un individuo que sale de su país para divertirse. Es también un embajador que representa a su patria en la nación que visita y un explorador que puede volver al hogar cargado de conocimientos valiosos para él y para sus conterráneos.

## *Motivos y curación del insomnio*

POR GRANVILLE KLEISER

El sueño—apacible, tranquilo—es la mayor bendición de la humanidad. Ninguna pena parece muy grande, después de una buena noche de reposo. Nada nos prepara mejor para la lucha diaria ni nos devuelve las fuerzas tan bien como él, al terminar el día. El sueño, en consecuencia, es uno de los factores más importantes del bienestar individual: de él dependen la lucidez mental y la aptitud corporal.

Aun cuando se sienta uno muy bien, le es forzoso poner en juego todas sus facultades hasta su máximo, para adelantarse a los millares de competidores que pugnan por alcanzar la misma meta. Si se empieza el día mal preparado, después de una noche de vigilia y de un descanso insuficiente, tendrá que desarrollar el mismo esfuerzo, y lo probable es que sólo obtenga resultados mediocres. Tendrá que trabajar lo mismo, pero con un rendimiento mucho menor.

Todos sabemos esto; y sin embargo, ¡cuántas veces oímos decir: «No me siento bien hoy: tengo la cabeza pesada. Dormí mal anoche»!

Casi todos conocemos ese estado, esa sensación de fatiga y decepción; la incapacidad de pensar bien y con claridad, que sucede a una

mala noche. Sabemos lo difícil que es obligarnos a que nos levantemos a la hora precisa, y lo fácil que es ceder a la tentación de permanecer en el lecho «un ratito más»; y el desayuno apresurado, y la carrera al trabajo. Sabemos cómo, al enfrentarnos a las tareas del día, todo parece más difícil y fastidioso que de ordinario; cómo, por más que hagamos, no logramos que nuestro trabajo sea tan bueno como debiera; no podemos escribir una carta, convincente y clara, hablar con persuasión a un cliente o ajustar de una vez nuestras cuentas. Parece que no tenemos vigor ni originalidad. Trabajamos más duramente aún que de costumbre; pero los resultados no son tan satisfactorios como solían.

Este estado de cosas, malo como es, va en aumento. Más hoy que antaño, la gente pasa malas noches y duerme mal. Si fuera necesario demostrar esta afirmación, bastaría señalar la cantidad de medicamentos que se ofrecen para curar el insomnio. Podemos también deducirlo del número de rostros pálidos y desencajados, de ojos cansados que vemos a nuestro alrededor, o comprobarlo por nuestra propia experiencia. Como otros padecimientos—la mala digestión, la nerviosidad, etc.—el insomnio es un resultado de la vida moderna y de los hábitos desordenados.

El insomnio obedece a muchas causas, pero hay algunas que sobresalen entre todas porque son muy comunes. Una de las principales ra-

zones del insomnio es, por desgracia, la propia ambición de triunfar que debería tomar en cuenta el sueño. Por regla general, el hombre ordinario, tranquilo, que se contenta con llenar el hueco que le tocó en el mundo, que no ambiciona poseer más de lo que tiene, duerme bien. Los pensamientos ambiciosos e inquietos no torturan su cerebro, ni lo desvelan largas horas de estudio; simplemente cumple su tarea y no vuelve a preocuparse por ella sino hasta el día siguiente. El hombre que necesita un tratamiento médico para sus nervios es aquel que anhela realizar algo grande y que consagra a ese fin todas sus potencias corporales y mentales. Y sin embargo, al revolverse en el lecho, contando en vano un rebaño de ovejas o probando cualquier otro señuelo vulgar para conciliar el sueño, mientras oye sonar las horas, sabe que precisamente esta ansiedad está aniquilando sus oportunidades de éxito. A menudo se ve tentado de pensar que el precio que paga por su ambición es exorbitante, y se pregunta si no será mejor abandonarse al descanso. Si no fuera por su determinación de adelantarse a los demás, ya estaría durmiendo dulcemente.

No debe asombrarnos que se sienta así; pero en realidad la disyuntiva no se plantea necesariamente entre el sueño (o la salud) y el triunfo, sino entre la sensatez y la insensatez. Los hombres que se distinguen en el mundo no son ruinas

físicas o nerviosas; se encuentran en condiciones perfectas. Viven generalmente hasta edad avanzada, conservando hasta el fin su lucidez mental. ¿Cómo lo logran? Aplicando al cuidado de su salud el mismo buen sentido y el dominio sobre sí mismos que dedicaron a abrirse paso en el mundo. No procedieron ciega y obstinadamente; planearon con frialdad, juzgaron con calma. Sabían que una máquina corporal de segunda clase no puede hacer un trabajo de primera. De modo que trataron bien esa máquina; y esa máquina los trató bien.

Nó; la ambición de triunfo no puede por sí misma arruinar la salud ni el sueño. Si esa ambición está respaldada por las cualidades necesarias para triunfar—sentido común, juicio, dominio de sí mismo—ayudará a conservarse apto. Sólo cuando la ambición llega a ser tiránica echa a perder su propio fin.

El insomnio clava generalmente sus garras como resultado de meses o años de trabajo excesivo; en otras palabras, de vida insensata. En consecuencia, suele atacar preferentemente a las personas mayores de cuarenta años. No molesta a los jóvenes con frecuencia ni seriamente, y por esto les tiene sin cuidado el insomnio. Si supieran lo que les espera, se preocuparían. En esto, como en casi todo, prevenir vale más que curar. Los tratamientos contra el insomnio son vagos en sus resultados y a menudo tienen poco

o ningún efecto. Quien arregla su vida de manera de no padecerlo nunca, es un sabio.

El mejor aliado del hombre, para triunfar, es la salud física. Sin ella, no puede soportar la carrera. Y como la salud depende del sueño, el hombre debe resolverse a ordenar su vida de modo que duerma bien y descansadamente. El primer paso consistirá en llevar una vida sana, durante el día. La vida moderna hace difícil esto: parece que es forzoso exigirle a la vida más de lo que ofrece. Los placeres sencillos— el descanso, la alimentación sana, el aire fresco tranquilamente aspirado—no están de moda. Todo se hace con el acelerado ritmo del *jazz*. Si no hay apetito, lo despertamos con un *cocktail*. Como no podemos tener cuanto deseamos en sólo un día de veinticuatro horas, todo lo apresuramos. No manejamos a menos de ochenta kilómetros por hora, aunque no miremos el paisaje que atravesamos. Nuestra idea del placer parece aconsejarnos que éste consiste en atiborrarnos en una sola noche de todo cuanto sea posible: salir a cenar, ir a un teatro, luego a un *cabaret* y rodar por fin, cansados, en una cama, durante unas cuatro horas de mal sueño, para volver al trabajo inmediatamente.

## *Historia Anecdótica*

POR JULIO VIVES GUERRA

**Cuestión heráldica.**—El 12 de octubre de 1929, pocos días antes de subir el partido liberal al poder, hallábase en la puerta del alegre y bien servido *Café Palatino*, de Ibagué, el maestro Alberto Castilla, uno de los mejores artistas de la gama en Colombia, honra y blasón del país por su inspiración musical y por su pluma de escritor.

Con el maestro Castilla estaban varios intelectuales de la noble capital del Tolima, porque aquél era siempre, por su discreción y su ingenio, el centro de un remolino de júbilo.

El edificio de la gobernación del Tolima está situado al frente del *Café Palatino*, y ese día ostentaba en su balcón central dos hermosas banderas que esventolaban a impulso de la brisa mañanera: la una, la bandera tricolor de la Patria—túnica sobre la cual hemos solido echar suertes, como sobre la túnica de Cristo—, y la otra, el pabellón blanco y amarillo de los sumos pontífices, puesto en heráldico maridaje con el pabellón colombiano, como para indicar que, si bien éramos una república libre, las decisiones oficiales estaban expresa o tácitamente cortapi-sadas por la augusta voluntad del coruscante y

santo anciano que lleva en el dedo el Anillo del Pescador.

Estando el maestro Castilla y sus compañeros en charla jocunda, se acercó al grupo un caballero muy conservador y, como aquél era persona muy erudita, le preguntó:

—Alberto, ¿qué bandera es aquella que está con la bandera colombiana en el balcón de la gobernación?

—¿No la conoce usted, don Juan?—preguntó Castilla, fingiendo sorpresa

—Nó, Alberto—le contestó el preguntante.

—Pues conózcala bien, porque esa es su bandera.

—¿Mi bandera?

—Sí, señor. La bandera pontificia, que es esa, es la bandera de ustedes los conservadores. Y, sin embargo, los liberales sí la conocemos. Conózcala usted, porque del año que entra, para adelante, le conviene mucho más conocerla.

—¿Por qué me convendrá conocerla más del año que entra para adelante?—preguntó el otro, amoscado.

—Porque si hoy les sirve la bandera pontificia para celebrar las fiestas oficiales, dentro de poco les va a servir para enjugarse las lágrimas.

**No más arrepentidas.**—La familia Campuzano se ha distinguido y se distingue siempre en Medellín por su chispa y sus oportunas salidas.

A esa familia pertenecía don Estanislao Campuzano y Campuzano, hijo del sabio médico doctor Rafael Campuzano.

Hallábase una vez don Estanislao en su oficina de la dirección de las minas del Zancudo, donde ejercía el empleo de contador, en compañía de don Coriolano Amador, uno de los dueños de las minas, de don Bautista Posada Velilla, jefe de la contabilidad, y de otros caballeros, cuando entró una comisión de tres damas de la más alta sociedad, que iban a pedir limosna para la «Casa de Mujeres Arrepentidas», benéfica y laudable institución que empezaba a fundarse.

—Caballeros—dijo una de las damas—, apelamos a sus sentimientos caritativos y les suplicamos nos excusen que les interrumpamos.

—Ustedes dirán, mis señoras—repuso el señor Posada Velilla.

—Venimos a pedirles una limosna para la «Casa de Mujeres Arrepentidas»—dijo otra de las damas.

—Con mucho gusto—terció el señor Amador, que era hombre muy generoso y caritativo.

Uniendo la acción a la palabra, don Coriolano les entregó algunos billetes de banco, que constituían un cuantioso donativo. El señor Posada Velilla, que también era hombre caritativo, dio una limosna de acuerdo con sus recursos pecuniarios, y así los demás.

Pero como estaban a fines del mes, don Estanislao Campuzano no podía en ese momento dar nada, y permaneció inclinado sobre el libro Mayor, fingiendo que escribía, sin manifestar deseo alguno de contribuir, aunque también tenía sentimientos caritativos y generosos.

Notado aquello por las damas, una de ellas le dijo:

—¿Y usted, Estanislao, con qué nos ayuda?

—Siento mucho, mi señora—le contestó Campuzano—; pero me abstengo de contribuir hoy a la obra, porque tengo mis ideas relativamente a ella.

—¿Qué ideas?—le preguntó la dama, sorprendida.

—Varias, mi señora. Es que ustedes piden para el sostenimiento de una «Casa de Mujeres Arrepentidas», y a mí no me gusta que las mujeres se arrepientan.

**Media profecía.**—Una o dos veces he traído a esta sección el nombre esclarecido del doctor Pedro Antonio Restrepo Escobar, uno de los más ilustres abogados criminalistas de Antioquia, padre del doctor Carlos E. Restrepo, del sabio teólogo doctor Juan María Restrepo, y abuelo del eminentè escritor y político doctor Gonzalo Restrepo Jaramillo.

El doctor Restrepo Escobar fué un patriarca

cuyas virtudes allá se iban por los liades de la santidad, y nunca, ni en los momentos más ardientes de la política, sus adversarios pudieron enrostrarle ni una leve falta.

Tenía el doctor Restrepo Escobar tal amor a sus hijos, que ese amor rayaba en idolatría, por lo cual su esposa, la inteligente y virtuosa matrona doña Cruzana Restrepo, le hacía frecuentes y cariñosas observaciones, relativas a la energía, tan necesaria en los padres.

Una vez Carlos, el futuro presidente de la república, y Juan María, el futuro teólogo, hoy uno de los más altos personajes de la Santa Sede—que tenían siete y ocho años, respectivamente—, se enzarzaron en una discusión infantil, sobre la propiedad de una pelota de caucho.

La discusión prometía degenerar en bofetadas o en puñetazos, pues Carlos sostenía que la pelota era suya, por habérsela encontrado, y Juancho alegaba que el quedarse con un objeto que úno se encuentra constituye un pecado.

Teólogo al fin . . .

Ya estaban los dos hermanos a punto de agarrarse de las mechas, cuando intervino doña Cruzana y, chinelazo va, pellizco viene, cogió al presidente y al teólogo y los encerró en el cuarto de San Alejo.

Cuando regresó de hacer justicia, le dijo a su esposo, que había contemplado sonriente la escena:

—Pedro Antonio: ¿por qué no reprendes tú a estos muchachos?

—Para eso estás tú, que eres el poder ejecutivo—le contestó el doctor Restrepo Escobar, sin dejar de sonreír.

—Es que el poder ejecutivo debieras ser tú—replicó doña Cruzana—, y en vez de reprenderlos te embelesas oyendo sus discusiones, y hasta viendo sus peleas.

—Sí, me encanta oírlos—agregó el doctor Restrepo.

—Y si no los reprendes—repuso doña Cruzana—, ¿qué vas a sacar de ellos?

A lo cual respondió el doctor Restrepo, en broma pero en una broma que resultó en parte profecía:

—De Carlos voy a sacar un presidente de la República, y de Juancho voy a sacar un cardenal.

Es sabido que la primera parte de la broma del doctor Restrepo se cumplió. En cuanto a la segunda, ya va por la mitad, pues el sabio sacerdote doctor Juan María Restrepo tiene hoy en el Vaticano el altísimo puesto de teólogo penitenciario de la Santa Sede, y a él le está encomendada la solución de todos los problemas de consciencia del mundo católico.

Y de esto a cardenal no va ni el canto de una esterlina.

\*  
\*\*

No hay corazón de donde el amor caiga desde más alto, y con olas más amplias y juntas, que el corazón de la mujer. La ternura no tiene manantial más hondo, la abnegación no tiene abandonos más sublimes, el sacrificio no tiene actos más santos y más completos que en ella.

SAINTE FOIX

\*  
\*\*

La amistad del hombre es frecuentemente un apoyo; la de la mujer es siempre consuelo.

Infinitamente variadas son las almas de las mujeres. Ya he advertido que el hombre se modela por un mismo molde, se unifica por la educación; las mujeres tienen más del natural, son más diversas. Ni una sola se parece a otra. No hay nada más encantador.

MICHELET

\*  
\*\*

El amigo da cuando tiene demasiado; la mujer hasta cuando no tiene lo suficiente.

BOUGEART